

## 8 Martes de Pascua Juan 10,22-30 EL PADRE Y YO SOMOS UNO

Todos querían saber si Jesús era el enviado. Pero nadie recordaba las obras, ni mucho menos los milagros que había hecho delante de todos. Estaban con los ojos cerrados (lectura de ayer) Jesús, da como respuesta, que las obras las hace en nombre del Padre que lo envió y ustedes no se dan cuenta porque no son mis ovejas, es decir, que tenía que dedicarle tiempo para explicarles, pero como estaban tan apurados no lo podían ver. Ellos querían a un enviado protagonista y no reflexivo; un enviado que atacara y no bendijera.

Jesús busca ir a los más lejanos, las ovejas de otro redil, pero insiste en que hay que saber ver con ojos de bondad las obras que hace y no ponerle trabas o críticas destructivas. No lo pueden ver como Pastor que conoce sus ovejas y esto sucede porque no tienen vida espiritual.



Han dejado a un lado la oración para reposar el alma y comprender en Jesús la presencia de Dios real y vivo; han dejado a un lado la meditación de la Palabra de Dios para descubrir que desde hace tiempo atrás, todos los profetas, informaban de la

redil tienen que escuchar mi voz y seguirme. Seguimiento que pasa, en primer lugar, por la cruz del viernes santo, para llegar a la resurrección.

Seguir y escuchar a Jesús tiene un regalo: les daré la vida eterna y no perecerán jamás, nadie los arrebatará de mi mano pues mi Padre y yo somos uno. Esto quiere decir, que Dios caminará a lado, delante, detrás de cada uno de nosotros para animarnos y despertar en nosotros el deseo por caminar de la mano de Cristo Jesús.

Dios, Todopoderoso y eterno, concede a quienes celebramos al resurrección, poder despertar a al presencia de Jesús, vivo y real, que busca acompañarnos y así poder vivir en la alegría de la vida y no en la tristeza de la muerte.